

Kika Meyer, a quien se le agradece su actuación y comprensión del personaje.

Pero vuelvo a la inefable obra de don Héctor Quintero: ¿dónde diablos ocurren los hechos? Sólo don Héctor lo sabe. Durante el primer acto nos insinúan que es un pueblo costero puesto que se habla del malecón; pero la escenografía no va de acuerdo con esa descripción, puesto que las casas tienen una ventana pequeña propia para ahogar a sus moradores en las primeras veinticuatro horas de un verano. Supusimos que sería Veracruz, y en esa creencia estuvimos hasta el tercer acto, pero el autor, en un recurso dramático indigno del estudiante más atrasado, para hacer volver a los personajes al “escenario único”, no tiene empacho en organizar un bombardeo aéreo que destruye la casa nueva de los personajes. Luego entonces, no era Veracruz, porque la última vez que la tres veces heroica ciudad fue bombardeada ocurrió en 1914. Seguramente se trataba de La Habana, de donde, según parece, es el autor. Pero no podía tratarse de Cuba si todos los personajes usaron desde el primer acto modismos mexicanos, y ropa mexicana. ¿Habrán bombardeado últimamente nuestros puertos sin que yo me haya enterado? Todo cabe en lo posible.

De cualquier manera, quiero suplicar al señor licenciado García Sáenz, coordinador de los teatros del Seguro, o a quien corresponda en el Departamento del Distrito Federal, del cual depende el Teatro Hidalgo, que no se dejen deslumbrar por cualquier obra. Los buenos aficionados exigimos de esos teatros espectáculos dignos, no parodias de *Tosca* como *La reina y los rebeldes*, y de *Pagliacci*, como esta increíble *Rueda de la fortuna*.

17 de diciembre de 1967

EL REY NO QUIERE MORIR

A Su Graciosa Majestad Berengo I.
En algún lugar de la Tierra.

Con la todopoderosa diestra de Aquel que sostiene los extremos de la Tierra, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien, con el

Padre y el Espíritu Santo en su unidad glorificados y adorados, con su misericordia nos ha permitido a nosotros, sus humildes e indignos siervos, detentar los cetros del reino ruso y con su todopoderosa diestra nos ha dado los estandartes de Cristo, te escribimos nosotros, el gran soberano zar y gran príncipe Iván Vasilevich de Todas las Rusias, de Vladimir, Moscú, Novgorod, zar de Kazán, zar de Astracán, soberano de Pskow y gran príncipe de Smolensk, Tver, Yugra, Perm, Viatka, Bolgar y otros, soberano y gran príncipe de Iav, soberano hereditario único y maestro del país livonio de la Orden Teutónica y todo el territorio de Siberia, etcétera, etcétera. En nuestro palacio de Alexandrov, a sesenta leguas de Moscú. Hermano mío: Mi espíritu que vaga en pena alrededor del planeta que nos sirvió una vez de abrigo, este pobre y atormentado espíritu por sus muchos y horribles pecados que lamenta desde el 28 de marzo de 1584, día que se desprendió de su mísero cuerpo (muy a su pesar), ha visto casualmente vuestra victoriosa agonía que lleváis a efecto noche a noche desde un local llamado Teatro Hidalgo, en la ciudad de México, situada en la que en mis tiempos se llamó Nuevo Mundo y de cuya existencia yo apenas si pude enterarme en vida. Os felicito calurosamente, hermano mío Berengo, aun cuando no sé si exististeis alguna vez o sólo sois creación del escribano rumano, súbdito mío, Eugene Ionesco, y de quien sospecho que algo se inspiró en mi vida para escribir la vuestra. Yo, como vemos, resistí mucho a la muerte, a la que temía como a mi propia sombra. Yo, como vos, fui autócrata, soberano indiscutible de millones de almas y de cuerpos, “padrecito” amado de todas las Rusias a pesar de mi sadismo. Con mis ejércitos de la Oprichnina asesiné a toda la población de Novgorod, sin importarme edades ni rangos. Yo, como vos, casé varias veces, pero, también como vos, sólo amé a una, a Anastasia, mi primera esposa, lo que más nos une, amado Berengo, es el no querer morir.

Y es que sabemos, y también lo sabe Ionesco (y por eso se burla de nosotros), que al morir un monarca muere también un poco o un mucho de la tradición, y que la sangre noble corre el peligro de no volver a ocupar un trono. Desde mi muerte, ¡cuántos

imperios, monarquías, ducados, marquesados, condados, han desaparecido para siempre de la faz de la Tierra! La monarquía se considera ya objeto de escarnio, institución anacrónica, reflejo de la crueldad, y por ello sólo subsisten unas cuantas, y eso como meras tradiciones de ornato. Si mi buena amiga la reina Isabel I de Inglaterra, quien rehusó casarse conmigo, viera a lo que ha llegado a ser su trono con su descendiente del mismo nombre: tan sólo una pobre libra esterlina desvalorizada. Pero me he dado cuenta, amado Berengo, que si las monarquías desaparecen, surgen las dictaduras, que en el fondo viene a ser lo mismo, sólo que los dictadores no son de sangre azul, y que nos aventajan en sed de crímenes. Vuestro creador, Ionesco, a quien reconozco enorme talento, ha querido simbolizar en vos y en mí, y en todos los grandes monarcas de la antigüedad, los males que sufre la humanidad de hoy: la monarquía de Berengo I, que se aferra a la vida y al trono desesperadamente, es como los sistemas de gobierno (sobre todo los dos principales, el de Occidente y el de Oriente), y como las dictaduras, y como las religiones, y como los Estados: el hombre lucha por desprenderse de todo ello, pero aunque sea en plena decadencia, como vos, ese “ello” se niega a morir, y no muere, porque en la comedia que vos representáis, antes de caer el último telón, cuando todos os creen cadáver, levantáis la cabeza, respiráis a plenos pulmones y sonreís. ¡Ah, viejo pícaro! Seguí, como yo, engañando a la humanidad. Os felicito por ello. Que se fastidie el hombre, el siervo, el esclavo, y que siga rindiéndonos culto mientras le ponemos la bota encima del cuello.

Ese hombrecillo de pelo rubio que penosa y graciosamente sube arrastrándose las escaleras de su alto trono, ¿sois vos, Berengo, o es, como dicen los papeles que reparten, un juglar llamado Ignacio López Tarso? Es difícil saberlo, porque no creo que exista nadie que pueda meterse dentro de un personaje, sea real, sea de ficción, de la manera en que aparentemente lo hace López Tarso. Sólo un brujo podría hacerlo. Yo creo en las hechicerías y mi gobierno se regía por ellas. Luego entonces . . . el brujo López Tarso existe, y por tanto lo respeto y me resisto a mandarlo ejecutar y colocar bajo el hielo de un río, como hacía con mis

enemigos. Las dos reinas esposas vuestras, Berengo, ¿son reales o son tan sólo mujeres de teatro? Si es lo primero, os recomiendo que cuando ya no améis a María, la mandéis ejecutar para que pueda venir a mi lado, porque su belleza y su figura me trastornaron aquella noche en el Teatro Hidalgo, y si son actrices, ¡cuánto ha adelantado el teatro! María Teresa Rivas y Marta Navarro son sus nombres. La primera con toda la madurez y hermosa voz, la segunda con plenitud de belleza y dotes maravillosas como actriz. ¿Y ese médico que es a la vez verdugo, bacteriólogo y astrólogo? No tiene más nombre que Héctor Ortega, y es, también, un excelente juglar. El alabardero, que da la clave de la pieza en su monólogo, es impresionante: me recordó a mis propios guardias del castillo de Alexandrov, o a uno de mis boyardos. Víctor Eberg es su nombre, y tenéis en él a un excelente colaborador.

Pero creo, querido Berengo López Tarso, que el buen éxito del espectáculo en que se nos escarnece, se debe, además de vuestra intervención y de la de vuestros compañeros, a la dirección de... ¡por todos los iconos, si es un ruso!, Alexandro Jodowsky. Cuando mi espíritu se coló entre los asistentes para ejecutar al que aplaudiera aquella pieza que tan mal nos trata, escuché comentarios tan elogiosos sobre su labor, que preferí retirarme a un sitio seguro, como hacía en las batallas en las que tomé parte. Se decía que era una de las mejores direcciones escénicas que se habían visto en México. Yo lo único que sé decirte, Berengo Ignacio, es que ese nieto de rusos sabe manejar las luces como un Vulcano, y que la escena en que se refleja tu corazón que late, y late, y latirá por muchos siglos más, es de una belleza incomparable. Y, para terminar, debo elogiar también, ya que no la obra porque va en mi contra, los telones de fondo pintados por Leonora Carrington. ¡Qué hermosura! Quisiera haber tenido a una pintora como ella en mis palacios del Kremlin o de Alexandrov para que me decorase los salones con esas figuras monstruosas, pero, maravillosa paradoja, tan bellas. Esa decoración hubiera ido muy de acuerdo con mi manera de ser. (No en cuanto a belleza, sino a monstruosidad.)

Quedad con Dios, hermano Berengo López Tarso, y negaos siem-

pre a morir. Sois, como lo que simbolizáis, la última esperanza de nosotros, los autócratas.

Iván II, llamado El Terrible, zar de todas las Rusias

21 de enero de 1968

LA ENEMIGA DEL TIEMPO

Sra. Amparo Rivelles
Teatro de los Insurgentes

Mi pequeña:

Permíteme que te diga así, mi pequeña, porque fui amigo de tu madre, y de tu padre, y hasta de tu abuelo, y permíteme también tutearte porque para mí, a pesar de que ahora goces de una merecida reputación como primerísima actriz, sigues siendo la pequeña y adorable hija de Fernanda Ladrón de Guevara, mi inolvidable amiga, que tantas veces interpretó maravillosamente a esa Ana de Bernois, mi personaje de la comedia dramática que titulé *La enemiga*, y que obtuvo un triunfo casi mundial durante muchas décadas. Sé que en la actualidad mi obra se ha convertido en una enemiga del tiempo, porque ya no encaja dentro de los cánones del teatro moderno. No creas que me conduelo por ello, porque sé, y perdóname la vanidad, que es una obra muy bien escrita, muy bien construida dramáticamente hablando, y con una fuerza interior y exterior que hizo llorar a miles de mujeres y a muchos caballeros también. Me cabe la satisfacción de que aún ahora, en pleno 1968, no han faltado señoras —no solamente ancianas— que han vuelto a derramar lágrimas de ternura y de dolor al ver el sufrimiento de mi Ana y de mi Roberto. Sin embargo, estoy plenamente consciente de que *La enemiga* está dentro del género que si bien en estos días se menosprecia y es objeto de burla, tuvo su gran época y fue un género tan importante como es hoy . . . , digamos, la comedia musical de Broadway;